

El centro del Infierno, de HÉCTOR A. MURENA, Sur, Buenos Aires, 1956

UN DETALLE no desdeñable de la cultura contemporánea es la resurrección de los condenados. Resurrección literaria de los condenados bíblicos. No se trata ya del pathos demoníaco de cierto romanticismo. A la postre, muchas veces las reivindicaciones de Luzbel o de Caín eran puro complejo luciferino de la individualidad romántica. Ahora, nos toca asistir a un fenómeno más extenso y profundo de exaltación de las figuras tradicionalmente antagonistas. Si es verdad que, como ha dicho Thomas Mann, toda teología es en el fondo demonología, ello supone a la vez la posibilidad de divinización del orden negativo. La permutación de los términos del juicio ha sido posibilitada por dos hechos sucesivos: la sicologización del mito y la apología de los culpables.

Efectivamente, la exploración de la vida inconsciente ha permitido anular la alienación de las figuras de la historia sagrada. Dioses, semidioses, héroes y santos han mostrado, entonces —como la estatua de la profecía de Daniel— sus frágiles pies de barro. Es el derrumbe de todo un panteón más o menos cotidiano. No son ajenas al fenómeno, por supuesto, la crítica histórica efectuada sobre la Biblia, la expansión general de las ciencias del espíritu y hasta la existencialización de la teología. En la anarquía que la acción del saber produjo sobre las creencias, los marginados de antaño se han subvertido. La nueva visión revalora, explica y hasta justifica todo personaje que el cristianismo haya considerado nefasto. Es obvio que con tal actitud subversiva se continúa dependiendo de las matrices originales. Judas, Barrabás, el mal ladrón, etc... ya no son meros galeotes; son seres humanos a quienes es necesario restituir su dignidad.

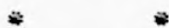
La personalidad de Judas ha sido considerada con detención por algunos escritores argentinos. No ha pesado mucho en ellos el modelo de Andreyev; más bien se remontan a esos terribles pasajes de Leibniz en que el optimismo metafísico del filósofo choca con el inexplicable misterio de Judas.

De 1944 data el cuento de Jorge Luis Borges denominado "Tres versiones de Judas", incluido en *FICCIONES* (1ª ed. 1956; 4ª impresión de 1965, pp. 169-176). Tres posibilidades interpretativas de Judas son avizoradas en el relato por el teólogo Nils Runeberg: a) Judas es reflejo de Jesús, en cuanto instrumento necesario para la economía de la redención; b) Es un asceta excepcional, que renunció a todo bien y felicidad; c) Es encarnación humana de Dios. El juego borgiano, prodigiosamente tejido, se conjuga con una serie de otras teorías igualmente brillantes. Así lo comprobamos en unas escasas páginas escritas con ocasión de una edición moderna del *BIATHANATOS*, de John Donne. (Vid. revista *SUR*, núm. 159 (enero-48), pp. 105-108). Dice allí:

El declarado fin del BIATHANATOS es paliar el suicidio; el fundamental, indicar que Cristo se suicidó. Que para manifestar esta tesis, Donne se viera reducido a un versículo de San Juan y a la repetición del verbo *expirar* es cosa inverosímil y aún increíble; sin duda prefirió no insistir sobre un tema blasfematorio (pág. 108).

Quizá el hierro fue creado para los clavos y las espinas para la corona de escarnio y la sangre y el agua para la herida. Esta idea barroca se entrevé detrás del BIATHANATOS. La de un Dios que fabrica el universo para fabricar su patíbulo. (Ibíd.).

En Borges, por lo tanto, la idea del suicidio de Cristo irá indisolublemente unida a su interpretación de Judas.



Muchas de las obras de Murena poseen títulos dantescos: *LA VIDA NUEVA* (1951), *EL CIRCULO DE LOS PARAISOS* (1958). La que ahora comentamos no es una excepción. Está compuesta por 8 cuentos, algunos de ellos brevísimos, que se cierran con uno que presenta el nombre del libro. Por su lugar dentro de la colección, entonces, "El centro del infierno" pareciera querer entregarnos un punto de orientación para acceder a los demás relatos.

La visión de Murena parte apoyándose en la composición dantesca del mundo escatológico:

"Judas. Allí está, en el centro del Infierno, punto que es asimismo la base de toda la morada. (...)

Está echado boca arriba, cubierto con una túnica de color rosa muy tenue, está inmóvil, el vientre desmesuradamente hinchado, sin duda a causa de la larga permanencia en la misma posición..." (pág. 89).

El cuento podría llamarse *los tres sueños de Judas*. En tres fases casi musicales, introducidas por un motivo anunciador, se desplegará el recuerdo que Judas hace de su calvario. Acusado por la presencia del mal, Judas decide negarse al suicidio de Cristo:

"¿Qué derecho tienes a buscarte el suicidio cuando los que te amamos confiamos en que no nos dejarás solos con nuestras llagas? ¿En qué diós te convertirás cuando la muerte te haya cerrado los ojos al sufrimiento? (pág. 92).

Pero dejemos, por ahora, la historia de Judas contada por Murena. Lo que importa es subrayar su sentido, el mensaje y el poder que el narrador ha conferido al antiguo, traidor. El relato de Murena finaliza con estas palabras:

"Y se dice también que por gracia al dolor que padece (Judas) cada vez que despierta (inimaginable para los hombres, presumible quizá

sólo para los santos) el resto del Infierno está deshabitado, para siempre, vacío, abolido" (pág. 106).

¡Judas abolidor del Infierno! Nuevo eslabón a la cadena teológica argentina. Judas es el Cristo del Infierno, el que redime a los condenados y a los que habrán de condenarse.



La estructura del infierno que Murena nos visualiza hace de él una mansión que también llega hasta los vivos, hasta los rincones de su corazón. Esta es quizás una clave para comprender sus restantes cuentos de horror. Ellos no se explican, como algunos críticos pretenden, por una mera atención a fenómenos metarracionales o parasicológicos. De hecho, el tipo de horror que Murena nos presenta difiere tanto del desarrollo lógico-imaginativo propio de Poe como del concepto de *lo horrible* propugnado por Maupassant. Disentimos, en este particular respecto, de Mario Lancelotti (véase su reseña a la obra que comentamos: rev. *Sur*, N° 244, enero-febrero 57, pp. 60-63).

El horror es, en Murena, inminencia de lo infernal. El adolescente que, luego de la revelación del *sombrero de paja*, penetra en la habitación de la tía; el joven audaz que se convierte en víctima en "Lo que no vieron"; el ruido mortal que escuchan *los amigos* en el cuento de este nombre, son todos aspectos y formas del horror: fronteras de la mansión de Judas sepulto, los latidos de su corazón. Porque Judas salva a los muertos solamente; a los que viven los condena al horror.

JAIME CONCHA.

Muy temprano para Santiago, de JUAN-AGUSTÍN PALAZUELOS,
Edit. Zig-Zag, 1965

SEGÚN EL ORDEN DEL TIEMPO (Zig-Zag, 1962). significó algo así como el estreno en sociedad del joven Juan-Agustín Palazuelos. Contra los juicios favorables de una crítica carente de discrimen, se hicieron oír algunas voces disidentes. Jaime Giordano, en la Radio de la Universidad de Concepción, y Luis Bocaz, a través de *El Siglo* (17 y 24-III-63), señalaron no sólo las limitaciones generales de la novela de Palazuelos, sino su pretenciosa ambición, su pedantería y su final oquedad.

Ahora acaba de aparecer *Muy temprano para Santiago*. Es visible que el entusiasmo de la crítica no ha pasado de algunas benevolentes palmaditas en la espalda del autor. Algunas frases convencionales, que no ocultan la necesidad del compromiso, indican no los méritos de la novela, sino la desaparición de ciertos defectos del narrador. En general, se está de acuerdo en que el narrador-protagonista de esta nueva obra es más humano, menos